



JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SERVIDOR GENERAL DE BIBLIOTECA

1232
I54

F1232
.I54

las sábias leyes que promulgó el Consejo de Indias, y aunque sus esfuerzos se estrellaron con frecuencia en las intrigas y valimiento que tenian en la corte los dueños de tierras repartimientos, siempre se evitó la completa extincion de la raza conquistada y se remediaron muchos males.

Apesar de tales alternativas, con el tiempo se calmaron los ánimos y merced á la hábil política de algunos Vireyes, eminentemente benéficos, como Mendoza, Galvez, Azanza y Revillagigedo y de los virtuosos eclesiásticos las casas, Vasco de Quiroga, Alcalde Palafox y otros, se aumentaba la prosperidad de la colonia, sin que nadie pensase en adquirir derechos políticos que no apreciaba ni conocia, cuando se oyeron repentinamente los ruidos lejanos de una deshecha tempestad.

La revolucion francesa, ese inmenso cataclismo, conmovia entonces la Europa entera, primero con los escritos de filósofos apasionados ó irreligiosos, pero casi siempre elocuentes, promoviendo despues el levantamiento de los pueblos contra los reyes y los nobles y ahogando en sangre, tanto á los defensores de los abusos, como á los que trataban de abolirlos, y á los inocentes lo mismo que á los culpables.

Tan inesperado espectáculo vino á sacar de su letargo á las pacíficas colonias de la España. Los esfuerzos heroicos de muchos pueblos para recobrar su libertad, la desesperacion y caída de las mas antiguas dinastias, que por muchos siglos habian gobernado en virtud del llamado derecho divino,

hasta entonces no disputado, exitaron en los mejicanos dudas muy naturales, sobre la justicia con que un pueblo lejano les escijia la obediencia mas pasiva y el sacrificio de sus derechos políticos que comenzaron á comprender, y desde entonces simpatizaron como era de esperarse, por la causa de la libertad. Esa agitacion en los ánimos, ese progreso en las ideas de un pueblo que rara vez se ocupaba de asuntos políticos, alarmó profundamente al gobierno colonial y y á las clases que lo apoyaban. La Inquisicion, que tanto retardó en España el progreso de las artes y de las ciencias, tambien en Méjico fulminó excomuniones, y se preparó para anonadar con sus rayos á las colonias que defendian las ideas nuevas, ejerciendo la mas severa vigilancia en las acciones de los hombres influentes é ilustrados, y cuando mas convenia usar de medios suaves que estrechasen los lazos de union y benevolencia entre mejicanos y españoles, desdeñose la hábil política adoptada por tanto tiempo, en virtud de la cual no se ejercia en los colonos un rigor inútil, aunque sí se les conservaba en la dependencia. España, aliada entonces de la Francia, ponía sus soldados, sus recursos y los de sus colonias á la órden de Napoleon, y la completa deferencia que le tenian los monarcas, y el unánime aplauso que los españoles tributaban al Gran Capitan del siglo, nos hizo conocer que un soldado de fortuna, sin mas título que el derecho divino de la gloria y del génio, podia colocarse al nivel

de los Reyes que habíamos adorado como los atenienses al Dios desconocido.

También los Mejicanos admiraban al guerrero francés; pero no comprendían la necesidad de que sin beneficio alguno de la colonia, se sacrificasen todas sus rentas y productos incluso los de obras pías, que hasta entonces se habían respetado como sagradas, para contentar las exigencias de la política conquistadora de la Francia, y las pretensiones vanidosas de un favorito, objeto del desprecio de los mismos españoles.

El Virrey Iturrigaray que gobernaba entonces la Nueva España, había excitado en los mejicanos el amor á la gloria militar con el espectáculo de los cantones de tropas, en su mayor parte provinciales, y ese mismo Virrey, objeto repentino del odio de una reducida facción de españoles de la Capital, que no contaba con las simpatías de los mejicanos, ni con la aquiescencia de los españoles, que habitaban las provincias, fué sorprendido en su palacio y despojado del mando por el pretendido cargo de infidencia, precisamente cuando se acababan de recibir noticias de la invasión de España por los franceses y de la anarquía á que se hallaba entregada, y cuando era tan fácil reanimar la adhesión de los mejicanos avivando el entusiasmo que causaba el glorioso levantamiento de la España contra sus invasores: se despreciaron las moderadas representaciones del Ayuntamiento de Méjico y los consejos de algunos hombres prudentes, y fueron perseguidos los licenciados Verdad, Dominguez,

Villa Urrutia y otros hombres distinguidos, recibiendo los mejicanos diarias pruebas del odio que les tenían los que habían depuesto á Iturrigaray para remplazarlo y gobernar á su antojo, sin consideración á los intereses de la colonia ni de la misma España.

Profunda fué la sensación que semejante conducta causó en el ánimo de los mejicanos y muy amargas sus reflexiones; y esos mismos hombres acostumbrados á la obediencia, comenzaron á defender públicamente sus derechos, calculando el resultado probable de la lucha á que tan imprudentemente se les desafiaba. Descorrióse el velo que cubría sus ojos y conocieron, que si la misma Junta de Cadiz aprobaba la deposición de un Virrey que era el representante del Soberano, ninguna consideración debía esperar la colonia.

Recordaron antiguos agravios: que por un cálculo estudiado se les mantenía sumidos en la ignorancia y en la inercia, negándoseles todo participio en el gobierno y que sobre el comercio, la propiedad y los empleos se ejercía el mas insoportable monopolio, y como si fuese un designio de la Providencia, los errores, las faltas y hasta las virtudes de los españoles todo contribuyó á que se aumentaran los prosélitos de la independencia de la colonia.

La conducta de los Monarcas Españoles en Bayona, las persecuciones de la Inquisición tan odiada ya en Europa, la ocupación y enajenación, en Méjico, de los bienes de obras pías, la venta escandalosa de empleos,

la deposicion de Iturrigaray, la debilidad del anciano Virey Garibay que acató de acuerdo con su consejo la orden de la junta central de Sevilla para que fuese arrestado el Rey Carlos IV si se presentase en Méjico, la desavenencia que naturalmente causaba aun entre los mismos españoles, la diversa opinion que se formaron sobre el derecho que Carlos IV y Fernando VII alegaban alternativamente para seguir gobernando las Españas, la anarquía á que estuvo entregada la Península al principio de la guerra, y el temor, de que los franceses quisieran estender su dominio á las colonias españolas de América: todo excitaba en los mejicanos las afecciones mas estrañas y contradictorias. Perdieron su antiguo amor y respeto á los Reyes, hicieron distincion entre la Inquisicion persecuidora y el clero perseguido ó extorsionado, no tuvieron fé en el gobierno creado á consecuencia de una asonada y conocieron en fin, que el amor á la Independencia tan heroicamente defendida en España, era un sentimiento digno de imitarse, notándose igual agitacion y deseo de libertad en las demás colonias Hispano-Americanas; porque debian ser muy poderosas y justas las causas que tan idéntico efecto producian en pueblos enteros y casi desconocidos entre sí.

Tal era el estado de los ánimos en los años de 1808 á 1810. Se hizo una completa revolucion en las ideas que inevitablemente debia ocasionar un levantamiento á mano armada, solo faltaba un caudillo de prestigio que

inspirase respeto por sus cualidades y firmeza de carácter, y encontróse, porque rara vez dejan de presentarse, hombres superiores, al frente de las revoluciones que contribuyen al progreso y emancipacion de la especie humana.

Un anciano secesajenario, sin recursos ni otro prestigio que el que exitaba por sus modestas virtudes, cura del ignorado pueblo de Dolores y digno Sacerdote de un Dios de caridad, amaba á los pobres y desvalidos con la ternura y bondad de un padre, enjugaba las lágrimas de los desgraciados, les infundia aliento con sus consejos y quiso endulzar la suerte de sus feligreses, inspirándoles amor al trabajo, que tanto contribuye al bien del hombre y la mejora de sus costumbres, aficion á la industria, que proporciona riqueza y comodidad y al estudio, que tanto eleva el alma y enaltece el hombre á sus propios ojos. En una época en que las tinieblas de la ignorancia cubrian la Nueva España, logró el Cura D. Miguel Hidalgo y Costilla las nobles miras que se habia propuesto, enseñando á sus feligreses el cultivo de las viñas y moreras, la multiplicacion de colmenas, cria de gusanos de seda y fabricacion de loza, y con las mismas manos con que habia empuñado el arado y la podadera, tomaba el pequeño libro en que enseñaba la lectura á los niños, y los libros sagrados que servian de testo á sus sermones, en que predicaba á los hombres el cumplimiento de sus deberes y el amor al Dios Omnipotente y justo, que nunca deja sin consuelo al desgraciado que

en el confía.

La práctica de esas obras de beneficencia debió estrechar los vínculos que unian al Sr. Hidalgo con sus feligreses, y fué el objeto de su amor y admiracion, de que sin duda participaron los pueblos inmediatos á Dolores. El Sr. Hidalgo por su parte contemplaria con la mas pura satisfaccion los adelantos de sus discipulos y el bien estar y fama que él y su pueblo adquirian con la introduccion de varios ramos de industria hasta entónces no explotados. Tales adelantos debieron exitar en el Sr. Hidalgo ideas de orden mas elevado porque sin duda consideró que teniendo los mejicanos tan raras disposiciones para las artes de imitacion, serian rápidos sus progresos cuando no se pusieran trabas al génio ni se conservase la colonia en la inercia y obediencia pasiva. Fijó la vista en la situacion politica del país, y entónces muy amarga fué su pena. Con la perspicacia de un hombre superior, observó los acontecimientos que agobiaban á la Europa; previó las consecuencias de los errores que se cometian en la Nueva España y de la efervescencia de los ánimos, vió que era inevitable una crisis, y animado de un sentimiento enérgico y patriótico, impropio de su edad tan avanzada, quiso grabar su nombre en las páginas de la historia y en el corazon de los mejicanos y que su hermosa vida empleada en la abnegacion, terminase por un inmortal sacrificio.

Se creyó destinado para ser el caudillo de la revolucion, y á fin de llevar alcabo su plan,

púsose de acuerdo con los hombres mas distinguidos y patriotas y acumulaba los elementos de buen éxito, cuando descubrió el gobierno sus proyectos. Entónces, despreciando el Sr. Hidalgo los riesgos de la empresa, sin armas, sin soldados ni recursos; pero inspirado por el mas vivo entusiasmo y fé en una noble causa, que en todos tiempos ha creado los héroes y los mártires, seguido de un puñado de valientes, enarboló el estandarte de la Independencia Mejicana en la noche, para siempre memorable, del 15 de Septiembre de 1810.

A la voz del Cura Hidalgo estremeciósse la Nueva España del uno al otro confin y multitud de hombres desarmados, sin el menor conocimiento de la guerra ni del número de sus enemigos, abandonaban sus casas y familias para unirse á las banderas del nuevo caudillo, alentados por la desesperacion, y por ese impulso irresistible que se apodera de las masas al principio de las grandes revoluciones.

Cien mil hombres que en pocos dias reunió el Sr. Hidalgo, entran en campaña y vencedores ó vencidos dieron siempre pruebas de valor; y en batallas y sitios, memorables, no pocas veces lograron la victoria al mando del mismo Hidalgo, de los intrépidos Ahínde, Galeana, Abasolo, Matamoros y Jimenez, del gran Morelos, de los bizarros é instruidos Terán y Mina, de los dos Rayones, de los constantes Victoria y Guerrero y de tantos otros denodados campeones.

En esa guerra de once años peleóse por



UNIV

NON

ÓN



ambas partes con intrepidez; pero se olvidaron á veces hasta los sentimientos de la naturaleza; vióse á los hijos separarse del lado de sus padres, á los hermanos alejarse unos de otros y á las esposas de sus esposos, para alistarse en contrarios bandos, y corrió á torrentes la sangre mas noble de Méjico: pero de los cadalzos nacian nuevos soldados y brotaban denodados defensores de la libertad. Cubrióse de ruinas y desolacion la Nueva España, y tampoco faltaron entónces acciones generosas y pruebas de abnegacion y magnanimidad, que han merecido un lugar en las páginas de la historia.

En tan larga contienda sucumbieron casi todos los caudillos mejicanos, recibiendo la muerte con el valor de los héroes; y aunque con su sangre, y á costa de tantas lágrimas, conquistóse al fin la Independencia consumada en 1821 por el inmortal Iturbide; porque los grandes bienes no se adquieren sino al precio de costosos sacrificios; y la constancia con que en esa cruda guerra pelearon los mejicanos, nos servirá de ejemplo y aliento para conocer cuán grande es el valor de la Independencia y que si supimos adquirirla emancipándonos del dominio de una nacion á quien debemos la religion verdadera que profesamos, nuestras suaves costumbres y la sangre que corre por nuestras venas, tambien (imitando el noble ardimiento de nuestros padres) podremos, y con mayor razon deberemos, defenderla de los ataques de cualquiera otra nacion que no puede tener iguales títulos á nuestro afecto y simpatías.

Lograda la independenciam, entramos en el rango de las naciones libres, disminuimos los impuestos, se fomentó la educacion pública, quitáronse las trabas al génio, y los hombres de mérito que se dedicaban al estudio de las artes y las ciencias comenzaron á ser apreciados, pudimos simpatizar y aplaudir, sin temor, la causa de la libertad y del progreso; celebramos tratados con las naciones estrangeras y abrimos nuestros mercados á su comercio, logrando así la baratura de efectos, abolióse la esclavitud, que ya no mancha nuestro nombre, y adoptamos otras varias medidas (algunas quizá imprudentes) pero que prueban la benevolencia y los sentimientos generosos, de que éstabamos animados, en favor de la humanidad y del progreso del pais.

Con semejantes elementos habriamos sido felices; mas por desgracia comenzamos desde entonces á ser víctimas de nuestra inespereiencia política y de las intrigas de los que tenian interés en que no nos consolidáramos ni fuéramos respetados.

Os son bien conocidas las causas de nuestra actual postracion; sabeis que hemos adoptado todos los sistemas políticos, con una fé comparable solo con nuestros desengaños sucesivos; que hemos creído en vanas promesas nunca cumplidas: que neciamente fundamos nuestras esperanzas en el cambio periódico de los gobiernos por medio de continuadas revoluciones, que han complicado nuestros males dándonos el ejemplo de una inmoralidad que demasiado imitamos: que en

ese inmenso desconcierto de ideas, nos hemos atrevido á poner en duda hasta los beneficios de la Independencia, del suave influjo de la Religión que profesamos, parodiando además las teorías de los socialistas acerca de la propiedad, y que dando oídos á péfidas lamentaciones, hemos desconfiado á veces, del porvenir de un pueblo nuevo y cristiano, que no envalde ha permitido Dios se hiciese independiente sin el auxilio de otras naciones.

Obsérvese con calma y filosofía la situación del país, y se verá que la educación progresiva, aunque no tanto como era de esperarse: que las ideas mejoran y no faltan hombres que comprendan las necesidades del pueblo y el modo de remediarlas; pero que á pesar de esos elementos y de las propensiones moderadas de las masas, el país ha permanecido entregado á los abusos y á la inmoralidad; debido sobre todo al desaliento é indolencia que se ha apoderado de las clases y corporaciones interesadas en el orden y en el goce de una moderada libertad, que debieran tener para el bien, la actividad y firmeza, con que otros procuran el mal: y refrenar las tendencias de los que solo se ocupan en promover revoluciones, porque tienen interés en conservar el país sumido en el desorden, para medrar con todos los abusos y hacer imposible el establecimiento de la autoridad y de las leyes.

Nuestras continuas revoluciones han impedido la inmigración de extranjeros laboriosos que tan útiles podrían ser para el aumento

de la población y mejora de la agricultura y de las artes; porque temen radicarse en un país en el que no podrán tener reposo y quizá ni garantías. Esa inquietud ha causado nuestro descrédito entre las naciones extranjeras, que nos ven ocupados en vanas disputas y cuestiones personales, que ya nos han hecho el ludibrio de la ambiciosa república vecina, que fomenta nuestra desunión, y se complace en nuestra ruina. Por esa constante y estéril agitación, no se aviva entre nosotros el espíritu de empresa, no pueden dedicarse tranquilamente los propietarios á la apertura de caminos, al cultivo de los campos, á la fundación de poblaciones y mejora de la agricultura; ni los comerciantes establecen sus jiros por cálculos exactos; ningun gobierno puede tampoco dedicarse al fomento de la educación, de las artes y mejoras materiales, ni introducir orden y economía en el erario; por que los revolucionarios le quitan una parte de los recursos con que podría atender á tan útiles objetos y para las necesidades del momento sacrifica el resto en negocios onerosos, que hacen imposible el restablecimiento del crédito. Con tales trastornos todo se paraliza, se enerva la acción de la justicia, quedan impunes los salteadores de caminos y los dilapidadores del erario y no puede dedicarse el ejército á cubrir las fronteras y evitar las incursiones de indios bárbaros, ni aumentar su disciplina y conocimientos que contribuyen á dar respetabilidad á la nación.

Tiempo es ya por lo mismo de poner término al pueril juego de nuestras revoluciones en que á cada paso corremos riesgo de perder la indepen-

dencia y nacionalidad y convénzase el clero, el ejército, los propietarios y los hombres honrados y patriotas de todos los partidos; que tienen la sagrada obligación de unirse y reprimir con su influencia todo conato de revolución, restableciendo el uso de una moderada libertad y que por su posición y la superioridad de sus ideas, ellos están destinados á ser los defensores de los buenos principios y á luchar si necesario fuere, para que no se desmorone esta abatida sociedad.

Afortunadamente rije hoy los destinos de la República, el Ilustre General Santa-Anna, el constante defensor de nuestra nacionalidad, que ha defendido con un brio que merece elejios á las naciones extranjeras y la gratitud de los buenos; ese mismo hombre que tantos desengaños ha sufrido y que mas que ningun otro mejicano tiene una fé viva en el porvenir de nuestro país, purificado, además, por las lecciones de la esperiencia y la desgracia; acudió al llamamiento nacional y se ocupa asiduamente en el restablecimiento del orden y de la moralidad; y puesto que es palpable la energia y anhelo con que está procurando rehabilitar el nombre mejicano, por medio de su política, digna á la par que benévola, con las potencias extranjeras, y que sus medidas tienen por objeto, el hacer respetar la religion, la propiedad y los grandes intereses sociales, enfrenando la anarquía y dictando providencias que no han podido ser reprobadas ni por sus enemigos políticos, y que tambien cuida y se empeña en introducir orden y economía en las rentas públicas, merece contar con el apoyo de todos los hombres sensatos que ya están cansados de trastornos y de vanas promesas. Siendo notoria la buena fé del gobierno déjesele obrar para que realice sus proyectos en beneficio del país: contribuyamos á su consolidacion para que logre calmar las pasiones políticas y pueda dedi-

carse al estudio y remedio de las necesidades sociales; y ya que tantas dificultades tiene que vencer y tantos males que evitar, disimúlense y adviértansele los errores involuntarios que cometa, procurando que sus medidas de rejeneracion sean debidamente secundadas.

Permita el cielo que veamos algun dia á nuestra pátria, marchando por la senda del progreso efectivo, y aumentada su poblacion por una inmigracion extranjera; restablecida la moral, el respeto á la autoridad y á las garantías individuales, acogiendo é imitando, con noble emulacion, los inventos y adelantos de la industria moderna, conviniendo nuestros partidos políticos en la necesidad de defender la Independencia y conservar la religion y la propiedad, primeros elementos del orden; á las clases acomodadas, aliviando en compañía del gobierno, la suerte de los proletarios por todos los medios que sujere la caridad y la verdadera civilizacion, y á los extranjeros, útiles y laboriosos, viviendo contentos entre nosotros bajo la proteccion de leyes que respeten y aprueben.

Así nuestra pátria será grande y feliz y entonces, si fueren despreciados nuestros derechos y se nos quiere imponer una conquista digna de los tiempos bárbaros, nuestra causa merecerá las simpatías de las naciones civilizadas y siempre será glorioso nuestro destino defendiendo con valor y constancia las nobles tradiciones de nuestra raza: **la RELIGION, la INDEPENDENCIA y la LIBERTAD.**

DIJE.

FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

UNIVERSIDAD DE BILBAO
BIBLIOTECAS

104858

Folios 104878, 104877



UAN

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

